

MICROHISTORIA PARA MULTIMÉXICO

Luis GONZÁLEZ
El Colegio de México

YA ES TIEMPO de que la historia local lance su grito de independencia. Ya lo han hecho algunas hermanas. Lo hizo la biografía hasta el grado de quedar en malos términos con la historia y en buenas relaciones con la literatura. La microhistoria puede hacer también vida aparte de su matriz y frecuentar más a la geografía y a la literatura. Entre la historia y la microhistoria se ahondan cada vez más las diferencias y superviven antiguas antipatías. Los microhistoriadores no desaprovechan oportunidad ninguna para llamarles mentirosos a los macrohistoriadores. Algunos ejecutantes de la macrohistoria ven con olímpico desprecio a las hormigas de la verdad, en buena medida porque no comprenden las metas y los métodos de los gambusinos del detalle y la exactitud.

La microhistoria nace del corazón y no de la cabeza como la macrohistoria. El microhistoriador suele acercarse a su objeto más por simpatía o por antipatía que por el mero afán de saber; su madera es más de poeta que de científico. En la microhistoria se confunden más que en cualquier otro tipo historiográfico el sujeto y el objeto, el ser que se expresa, el ente expresado y el ser comprensivo. Quien la refiere suele ser parte del asunto relatado, y quien la lee lo mismo. Admite la mano del investigador extraño a condición de que se identifique con su objeto; se deja leer por el gringo siempre y cuando la sienta suya. Por naturaleza, es una forma de comunicación de circuito corto, aunque esporádicamente se torne de gran círculo.

Según el célebre dicho de Benedetto Croce, toda historia es historia contemporánea porque la búsqueda de las acciones humanas del pasado nace de requerimientos de la vida

práctica actual. Con todo, en ninguna investigación histórica la presencia del presente es tan clara como en la historia menuda. Ésta es hija incondicional de los problemas contemporáneos, de las preocupaciones de hoy, de los requerimientos económicos, políticos, sociales e intelectuales de cada pequeña comunidad humana. La historia local es historia muy ligada al presente y al futuro; muy unida a preocupaciones y acciones. Es la historia hecha y leída por sentimentales sí, pero por sentimentales activos, como los “apasionados” de la clasificación de René Le Senne.

El espacio geográfico de la historia universal es obra de la naturaleza, es la bola de billar denominada mundo. El espacio de la historia continental no es menos inhumano. El espacio de la historia nacional lo determinan convenios y guerras conforme a vagas razones de Estado. El espacio de la historia local tiene límites poco precisos y muy cambiantes, oriundos del sentimiento y de la acción. Según Unamuno se contrae a “la patria ya no chica sino menos que chica, la que podemos abarcar de una mirada, como se puede abarcar Bilbao desde muchas alturas”; de hecho la que sentimos vivamente y en la que trabajamos codo con codo. Puede ser una breve corporación —El Colegio de México, el Instituto Tecnológico de Monterrey, la Casa de Moneda, la casa de estudiantes de doña Julieta—; un barrio —la cohetera en Hermosillo, Tepito en la ciudad de México—; una colonia dispresa en una urbe —los arandenses de la capital, los josefinos de Los Ángeles—; un pueblo o una villa —El Llano, San Miguel Allende, Zinapécuaro—; una ciudad monovalente —el puerto de Veracruz, Acapulco, Monterrey—; un municipio de módicas proporciones —Yuriria, Silao—; una pequeña región —La Laguna, el valle de Tecomán, la cañada Tarasca—; una porción de tierra más o menos chica, continua o discontinua, pero siempre aceptada como la “aromosa tierra” o el lugar donde trabajo.

Las demás historias, aunque tengan contornos geográficos precisos, callan sin mayores trastornos el escenario de las acciones relatadas. Una historia local es difícilmente concebi-

ble si no la precede o acompaña la descripción del contorno. La historia local es casi siempre geohistoria; es difícil y no es deseable arrancarla de su residencia, de la vida de tiempo lentísimo que nutre y sobre la que reposan estructuras sociales, económicas y culturales y acontecimientos de toda índole. La minihistoria sólo se entiende si parte de la vida natural. La maxihistoria puede partir de los sucesos de duración media y quedarse en ellos como lo hacen las historias económica y social. La minihistoria, que se desprende del tiempo lentísimo de la geografía, desemboca, casi sin pasar por el *tempo* moderato de las estructuras en el *tempo* rapidísimo de la anécdota.

La historia local no desdeña el hecho menudo. Mientras las otras especies del género seleccionan los sucesos trascendentes e influyentes, y en menor escala los típicos, la microhistoria se inclina por la tipicidad; gusta de lo cotidiano. Hechos de escaso bulto y renombre; hechos que no levantan polvareda; hechos de la vida diaria: nacimientos, matrimonios, muertes, enfermedades, tareas agrícolas, artesanías, comercio al menudeo, solaces, ferias, delitos del orden común, alcoholismo, creencias y prácticas religiosas, supersticiones, folklore en suma. Conductas, ideas, creencias y actitudes que caracterizan una comunidad pequeña, que permiten emparentarla o distinguirla, que ayudan a establecer "su originalidad, su individualidad, su misión y destino singulares" y al mismo tiempo su parecido con otras comunidades o con la sociedad que la engloba. Los historiadores localistas recogen las menudencias que los sabios pedantes tiran con enfado.

La gran historia trabaja, según modas e ideologías, con individuos de nariz levantada (reyes, presidentes, conquistadores, grandes asesinos, cortesanos, santos, sabios y artistas de reconocido prestigio) o con masas (los agricultores, los obreros, la clase media, la burguesía, la nobleza) o con ficciones (el Estado, la nación, el espíritu). En cambio, los protagonistas de la pequeña historia son generalmente individuos del pueblo raso; o si se quiere de la élite local que difiere muy poco de la masa local. La microhistoria es el relato

individualizado de los humildes, de los vecinos que rara vez aparecen en la sección social de los periódicos y quizá nunca en la sección política o en la sección económica.

El campo de estudio de la microhistoria es muy distinto al campo de estudio de la historia a secas. Los métodos de ambas son también muy diferentes. En la macrohistoria el camino está perfectamente trazado. Los macrohistoriadores van a su objeto y a su público por supercarretera. En la historia menuda no existe el camino; el microhistoriador caminando hace al camino. Por regla general, el macro, antes de emprender la marcha hacia las fuentes de conocimiento histórico, se arma de esquemas, hipótesis de trabajo, modelos y ayudantes; el micro sale a la brega con un plumero, un mínimo de ideas previas e hipótesis y el corazón abierto de par en par. Aquél irrumpe en bibliotecas y archivos bien acondicionados; éste, en el cuarto de los tiliches. Aquél no suele padecer por la penuria, la dispersión, lo poquito de los documentos; éste sabe que la vida local rara vez deja abundantes huellas; rara vez se juntan esas huellas en fondos catalogados, y rara vez dan información copiosa. Aquél hace su libro sin necesidad de salir a la intemperie; éste necesita recorrer a pie, una y otra vez, la sede de su asunto y visitar y entrevistar a los lugareños; no puede eludir la inspección de ojos del terreno y su gente.

La crítica y la interpretación de las pruebas microhistoriográficas no cuentan con un código de normas hechas, de poco les sirve la preceptiva de Langlois y Seignobos. Aquí ayudan la malicia y la simpatía del erudito, la capacidad detectivesca y la capacidad amorosa, la lucidez del indiferente y la ceguera del amante. Tampoco hay muchas recetas establecidas para explicar y componer. Por su mayor realismo y concreción, la historia local se inclina a la explicación teleológica, pero acude con mucha frecuencia a la explicación por causas eficientes. Ya hace a las acciones hijas de los proyectos de los actores; ya las emparenta con el medio geográfico y social. Tampoco es insólito que acuda a la explicación formal por estructuras, esquemas y tipos ideales.

Toda historia debe ser una resurrección del pasado, según el dicho de Michelet; pero en ninguna es tan urgente ese deber como en la microhistoria. Por lo mismo ni se adecúa a una arquitectura prefabricada, ni puede prescindir en la hora de la redacción, de los recursos artísticos, vivificadores. La historia local, como la biografía, está más cerca de la literatura que las otras especies. Los casos y cosas locales son incombibles si no se les revive con la emoción artística, si no se les pone sabor, color, olor y sonido, si no se les evoca con carne y hueso, al vivo.

En suma, la microhistoria es distinta de la historia a secas por su mayor dosis de emotividad, presencia, geografía, detalle y literatura y por ser menos formalista, metódica, cuantitativa y científica. Se trata de una ciencia balbuciente y un arte maduro, con larga, larguísima tradición en México y dondequiera.

LA TRADICIÓN de la historia local entre nosotros se remonta a la época prehispánica. Como lo ha visto don Wigberto Jiménez Moreno, en la Mesoamérica anterior a la conquista "sólo existía la historia parroquial. Nuestros indígenas carecían del concepto de historia general y en lápidas o en códices consignaban sucesos relativos a su terruño, rebasando este estrecho marco sólo cuando se trataba de conquistas efectuadas en lugares más o menos distantes, o cuando se aludía a lejanos puntos de partida de donde procedían algunos inmigrantes. La historia precolombina es, pues, casi siempre, microhistoria".

En la época colonial, aunque no fue la especie predominante, la historia local se diversificó, tuvo mejores fuentes de información y adquirió recursos expresivos ignorados antes de la llegada de los españoles. En tres ocasiones la Corona alentó esas casi historias llamadas relaciones histórico-geográficas. En los siglos xvi y xvii florecieron las crónicas conventuales y en el siglo xviii empezó a cundir el interés por la vida urbana. Los frutos más maduros de la historia local novohispana son los libros de don José Rivera Bernárdez

sobre Zacatecas y la *Historia de la fundación de la ciudad de Puebla de los Angeles*, de don Mariano Fernández de Echeverría y Veytia.

Las guerras de independencia no fueron propicias para la microhistoria. En cambio, el primer momento de la vida independiente patrocinó "noticias geográficas y estadísticas", parecidas a las viejas relaciones histórico-geográficas. Hacia 1833 México sale de una etapa de euforia nacionalista y se inscribe en un período ásperamente localista. Se vive en plena disociación, en la lucha de las partes contra el todo, en el mero auge de lo local y comarcano. Por un lado, la atmósfera es propicia para los trabajos históricos de comunidades y comarcas; por otro, la tormenta sin fin deja poco tiempo y poca paz para las tareas de desenterrar papeles viejos. Durante la matanza de todos contra todos se hicieron algunas obras ejemplares: los *Apuntes históricos de la heroica ciudad de Veracruz*, de Miguel Lerdo de Tejada; las *Noticias de Durango*, de José Fernando Ramírez; el *Diccionario histórico de Yucatán*, de Jerónimo del Castillo, y las *Noticias para formar la historia y la estadística del obispado de Michoacán*, del canónigo José Guadalupe Romero.

Desde mediados del siglo xix "las invasiones extranjeras y la presencia de un vecino todopoderoso" habían robustecido en los jóvenes de la aristocracia y la mesocracia de las ciudades mexicanas, un nacionalismo desconfiado, a la defensiva, triste y proselitista. Aquella gente, al asumir plenamente el poder, después de sepultar al cosmopolita Maximiliano de Habsburgo y al ranchero Tomás Mejía, hizo lo indecible por robustecer el nacionalismo; propició la historia nacional y le hizo el feo a las historias estatal y local. Como reacción, los gobiernos locales las patrocinaron, y en tiempos de don Porfirio el número de libros históricos subnacionales no bajó de cien; los más de historia de los Estados, pero alrededor de treinta de índole local por el espacio a que se refieren que no siempre por las metas y los métodos. Los principios y los métodos positivistas desfiguraron a la microhistoria, pero la estatura intelectual de quienes la ejercie-

ron logró salvar mucho de aquella producción. Ninguna de las historias de entonces ha llegado a ser clásica nacional, aunque la mayoría son clásicas lugareñas.

La Revolución Mexicana durante su etapa destructiva, de 1910 a 1940, fue tan nacionalista como la Reforma, pero los revolucionarios, en su mayoría campesinos, defendieron la tesis de que se podía ser patriota sin dejar de ser localista. Se convirtió en virtud lo que fuera vicio: "la adhesión calurosa, a la tierra nativa". Alfonso de Alba observa que aun los más universalistas de nuestros intelectuales revolucionarios se dejaron atraer por el colorido local. Como Ramón López Velarde, que empujó a la capital "ojerosa y pintada" y puso por las nubes a Jerez, muchos poetas y novelistas le hicieron "comerciales" a la existencia trivial y pueblerina. Los hombres de letras, no los del gremio de la historia. Los de más nota entre éstos nadaron en otras corrientes: el indigenismo, el colonialismo, el hispanoamericanismo. Sin embargo, en los primeros veinte años de época revolucionaria salieron a la luz más libros de microhistoria que en los cuarenta años de la era liberal. Conté para el período 1911-1940, 148 libros de historia regional y local; el 57% caen en la categoría de historia de los Estados, y el 43% de historias locales. Las más de éstas historían a ciudades de fuste. Los temas políticos siguen predominando. También abundan las monografías enciclopédicas. Irrumpen con fuerza dos nuevos modos de microhistoria: la etnohistoria que echa a retozar don Manuel Gamio, y la historia lugareña del arte, lanzada por un sentimental trotamundos, por don Manuel Toussaint.

De 1941 a 1970 han aparecido alrededor de trescientas historias de tema regional y parroquial; esto es, diez por año, casi el doble de las publicadas durante la Revolución y el triple de las que produjo el Porfiriato. Las historias locales han aventajado en número a las de asunto regional. Va de salida la moda de hacer historias de los Estados. El 60% de la producción reciente es parroquial. Todavía más: crece la cifra de libros microhistóricos que toman como asunto ciudades chicas y pueblos. Otra buena noticia: ya muchos Esta-

dos tienen animadores entusiastas —y a veces, además de entusiastas, muy profesionales— de la historia localista. Así en el Estado de México, Mario Colín; en Veracruz, Leonardo Pasquel; en Nuevo León, Israel Cavazos; en Jalisco, José Ramírez Flores; en San Luis Potosí, Rafael Montejano y Aguiñaga; en Guanajuato, Eduardo Salceda. Con todo, la historia local no ha alcanzado su máxima estatura. Ahora se enfrenta a muchos problemas, a variados obstáculos, a serias lesiones.

LA CRISIS ACTUAL de la microhistoria mexicana es múltiple. Hay líos en autores, lectores, asuntos y métodos. Aunque se dan muy ilustres excepciones, por regla general el sacerdocio de la microhistoria es de dos especies: la amateur pueblerina y la profesional capitalina. Los de la especie amateur, carecen de formación historiográfica, no cuentan con auxilios institucionales, están en mala situación económica, dedican los ratos perdidos a Clío, viven aislados del mundo intelectual, desconocen las nuevas corrientes de metodología, van a la zaga, muy a la zaga; están fuera de onda, completamente *out*. Una de sus virtudes es la de carecer del vicio del profesionalismo; otra, su vocación por el tema. Los microhistoriadores de la especie profesional generalmente son meras máquinas hacedoras de libros de tijera y engrudo; indiferentes a la vida menuda que pretenden historiar, sin cariño por su objeto de estudio. Ni los vocados sin oficio, ni los profesionales sin vocación pueden sacar al buey del atolladero.

El lectorio y el auditorio de los historiadores localistas sigue siendo reducido, pobre y espontáneo. En el círculo académico las microhistorias gozan de poca estima. Los críticos rara vez les conceden un rato de atención. El gran público no sabe de su existencia. Circulan entre amigos. Muy pocas veces trascienden las fronteras de su terruño, y ni siquiera en éste llegan muy allá. No cumplen la función para la que fueron escritas. No despiertan la conciencia histórica de los lugareños ni les permiten resolver los problemas prác-

ticos locales. No se imponen como textos en las escuelas, y de nada les servirán a esos futuros trabajadores que son los educandos. Vienen casi del vacío y caen en el vacío. Ni siquiera pasan, como diría don Arturo Arnáiz y Freg, de la tumba de los archivos a la tumba de las bibliotecas porque las más no provienen de aquéllos y sólo las menos son recogidas en las bodegas bíblicas.

En los últimos años el esfuerzo heurístico de los microhistoriadores ha aumentado; se advierte un mayor aprovechamiento de los fondos documentales de archivos y bibliotecas. Sin embargo, lo conseguido está muy lejos de la meta ideal. Todavía se anda a tientas; todavía la microhistoria se hace más con conjeturas que con testimonios. La razón es clara: los investigadores provinciales difícilmente logran acceder a los testimonios. ¿Quién no reconoce la pobreza y mal funcionamiento de las bibliotecas públicas? ¿Quién ignora el desorden de nuestros archivos? La mayoría de las fuentes de la historia local no ha sido recogida aún en los repositorios públicos. Muchas han sido sustraídas por bibliómanos y maníacos de los papeles viejos y se guardan bajo siete llaves en arcones privadísimos. Otras han sido entregadas a la acción destructiva de la humedad, o del aire, o del fuego o vendidas para servir de papel de envoltura. La situación lugareña de los depósitos de fuentes suele ser tan mala que más de alguno considera salvadora la emigración de sus papeles hacia los Estados Unidos.

Sobre la dificultad de allegarse huellas para la historia local se podría decir mucho. Lo han dicho en el Congreso de Historia del Noreste de México, en septiembre de 1971, don Rafael Montejano y Aguiñaga y don Antonio Pompa y Pompa. Sobre el mal uso que en la mayoría de los casos se hace de las escasas fuentes accesibles, baste decir que la crítica documental está en pañales. De hecho todas las operaciones del análisis histórico dejan mucho que desear. No se tienen detectives de la historia; faltan heurísticos, críticos y hermenéuticos; hay muy pocos cultivadores de las ciencias auxiliares. Por ausencia de asistentes, el historiador local se

ve obligado a convertirse en hombre orquesta y naturalmente falla en el uso de algunos pitos, cuerdas y tambores; fallaría aunque no fuera, como lo es casi siempre, un simple aficionado, sin más instrumentos de análisis y síntesis que su gran afición a su gente y su terruño.

Por diletantismo, por desconocimiento de las fuentes, por escasez de colaboración, la temática de la historia local sigue siendo muy ruin. Como la fachada de las vidas política, militar y religiosa produce documentación abundante y asequible, nuestra historia parroquial sigue adicta a los sucesos bélicos, políticos y religiosos de relumbrón. Como el historiador parroquial generalmente es un empleado de la autoridad civil o de la autoridad religiosa o de la autoridad económica, o de las tres, acostumbra añadir a sus efemérides chorizos de semblanzas prosopopéyicas de sus patrocinadores y de los parientes de sus patrocinadores. La mayoría de la historia local calla casi siempre los aspectos más significativos de la vida lugareña; deja fuera lo mejor; sólo cultiva las porciones menos fértiles de su campo.

De las muchas debilidades del conjunto de nuestra historiografía parroquial quizá las más notorias son las arquitectónicas y estilísticas. La manera como nuestros eruditos suelen distribuir el fruto de sus investigaciones está muy lejos de la arquitectura funcional. Ni la forma de efemérides, ni el orden alfabético de asuntos, ni las colecciones de estampas y episodios, ni las escuetas narraciones cronológicas son los moldes más apropiados para recrear la vida local. Otra cara repelente de esa historiografía —y no privativa de ella— es la prosa solemne, esdrújula, *camp*; la prosa que no habla el común de la gente; la prosa menos expresiva de las comunidades reseñadas; la prosa mortífera de púlpito, estrado y plataforma.

Aunque la historia local tiene una larga, y a veces luminosa, tradición; aunque es, por su número, uno de los fragmentos mayores de toda la historiografía mexicana, debido a sus muchas deficiencias sólo esporádicamente puede servir de ejemplo a la historiografía local del futuro. En este caso

urge más que en otros abrirse a una “nueva historia”, darle la espalda a la tradición, huir de lo hecho. Hay que pensar en una “nueva historia local” que no sea copia y plagio de ninguna otra, ni de la tradicional nuestra ni de la que se estila ahora en los países desarrollados.

EL PORVENIR de la historia local puede ser halagüeño. Hay tela de donde cortar. Es posible tener a corto plazo un buen equipo de sastres cortadores. Existen muchas mieses espléndidas todavía sin operarios. Son cada vez más los deseos de oír el mensaje, la buena nueva, de la historiografía microscópica. El futuro que se vislumbra es vigoroso porque las oportunidades actuales son espléndidas.

Quizá por ser un país en vías de desarrollo, quizá por mantenerse disímulo a pesar de los esfuerzos igualadores de la modernización, quizá porque su historia nacional es sólo piel y sus entrañas son particularistas, quizá por la supervivencia de los amores al terruño, México es particularmente proclive a la historiografía menuda. El camino natural de la ciencia histórica mexicana es localista. Los otros caminos han sido impuestos muchas veces por el poder, la imitación extranjerizante, la moda y la pedantería universitaria. Muchos jóvenes aspirantes a convertirse en historiadores confiesan que su mayor interés reside en reconstruir la vida del corto pedazo de tierra y de la pequeña comunidad a la que aman, de donde provienen, donde muchas veces laboran. Son los profesores, los poderes políticos, económico y religioso, la costumbre *pop*, las academias, los cenáculos los que los apartan de su vocación espontánea.

La curiosidad histórica se dirige hacia la vida local porque ésta, en México, es de una riqueza inconmensurable para la emoción, el pensamiento y la moción. Los temas atractivos, los temas en busca de autor se cuentan por millares. Se puede afirmar categóricamente que la Güera Rodríguez no tuvo razón en su dicho tan cacareado de que fuera de la ciudad de México todo es Cuautitlán. Quien le dio al clavo fue Ignacio Ramírez cuando dijo: “En vano nos empeñamos

en confundir en una sola a cien naciones diferentes". El Nigromante vislumbró cien mexiquitos. Quizá sean el doble o el triple, o muchos más. No por repetida y cursi deja de ser exacta la expresión de que "México es un mosaico multicolor". Por lo mismo, sólo la historia local puede descubrir su verdad histórica. Por lo mismo los temas históricos locales son particularmente numerosos e interesantes. Los hay para todos los gustos.

Charles Harris acaba de insistir en el Congreso de Historia del Noreste de México, celebrado en Monterrey, en la necesidad de inquirir particularmente la vida de la hacienda, porque "nada, según Jacques Lambert, ha tenido un efecto más difuso y duradero en la historia social y política de América Latina", porque, según Gibson, "es una institución crucial", cuyo estudio longitudinal se ha descuidado. Para el conocimiento transversal de su natalidad y puericia existe la obra clásica de François Chevalier, a la que pronto complementará, para los siglos XVIII y XIX, la de David Brading. Para el saber vertical de nuestras haciendas destacan las muy buenas aportaciones de Edith Boorstein Couturier sobre San Juan Hueyapan, Ward Barrett sobre San Antonio Atlacomulco y la propia de Harris sobre el latifundio de los Sánchez Navarro. Con todo, lo que falta por cubrir es inmenso. No hay nada sobre alguna de tantas haciendas de autoconsumo; no se han historiado las modernas haciendas agrícolas como las de los Cusi en la Tierra Caliente de Michoacán.

Otro, entre los muchísimos terrenos poco y mal explorados por la historiografía local y con grandes posibilidades de estudio, es el de los pueblos rústicos de oriundez hispánica. Se acepta comúnmente la división tripartita de la cultura mexicana: en un primer piso, el sedimento prehispánico, en el segundo, el acarreo hispánico, y en el tercero, las adquisiciones modernas. Alrededor del 20% de los mexicanos actuales habitan el primer piso; otro 20%, el segundo, y la mayoría restante, el de arriba. El 60% de población urbana y moderna, aunque se distribuye en más de cien panales, es

más o menos un todo homogéneo desde el punto de vista cultural. Las minorías indígena e hispanorústica son muy heterogéneas culturalmente. La existencia de la población urbana constituye generalmente el asunto de la historia nacional. Las fracciones de la población indígena han sido y están siendo estudiadas por un buen número de antropólogos e historiadores de profesión, que no por los aficionados nativos. Algunos pueblos de la población hispanorrústica han merecido la atención amateur de algún lugareño, que no la profesional de antropólogos e historiadores salidos de las aulas universitarias. Ojalá dispusiera de tiempo y espacio para mostrar los atractivos microhistóricos de los pueblos de oriundez hispánica.

En fin, las minicomunidades dignas de estudio son tantas como las miles de minicomunidades existentes. Hay numerosas patrias chicas y también muchas facetas en cada una de ellas merecedoras de historia, necesitadas de historización. La historia económica a nivel local ofrece enormes posibilidades. La historia local de las actitudes ante la vida, la muerte, el dinero y la novedad es otro campo inexplorado. La nueva microhistoria puede abrirse con éxito a todos los sectores de la vida: la economía, la demografía, la sociedad, la religión, la política, las ideas, las creencias, las actitudes, el arte, la ciencia y la literatura popular. No hay disciplina histórica que se preste tanto a la visión del hombre entero, a la historia integral, como la microhistoria.

El profesor Finberg opina que a través de la minihistoria es como se llega mejor a la verdad humana. Para él, la historiografía microscópica, como suele ser la mini, contiene más verdad que la telescópica; se alcanza una mayor aproximación a la realidad humana viendo lo poco que es posible ver desde la propia estatura que contemplando un gran panorama desde una elevada torre o desde la ventanilla de un avión de retroimpulso. El mismo profesor le concede otra virtud a la pequeña historia, la de ser un gimnasio ideal para desarrollar los músculos historiográficos de los estudiantes de historia, porque la historiografía local, como ninguna

otra, exige el uso de todas las técnicas heurísticas, críticas, interpretativas, etiológicas, arquitectónicas y de estilo.

La historia de lugares pequeños tiene muchas posibilidades en la República Mexicana; en muy buena medida por lo rico y múltiple de las fuentes locales, a pesar de lo disperso, caótico y maltratado de esas fuentes. La tradición oral está muy viva entre lugareños y es un tipo de testimonio notablemente fecundo si se les trabaja con los métodos afinados de la entrevista. Los registros parroquiales testimonian no sólo el camino demográfico; también el social y aún el mental, sobre todo en los libros de informaciones matrimoniales y visitas de obispos. Los archivos de notarías permiten trazar la trayectoria de la tenencia de la tierra y múltiples aspectos de lo social y económico. Los papeles de las haciendas, los diarios, las genealogías, las memorias, las hojas sueltas, los epistolarios de las amas de casa, los libros de diezmos, las petaquillas donde se custodian las reliquias del pasado familiar, las cicatrices del terreno, la aerofoto, los periódicos, los censos, la vieja arquitectura, son sólo algunos de los caminos que se ofrecen para meterse de rondón hasta el fondo de la vida histórica lugareña.

Aparte, existe una demanda creciente de microhistoria por parte de los historiadores de alcance nacional, los economistas, los sociólogos y los geógrafos humanos, en México y en el extranjero. Lucien Febvre escribió hace 30 años: "sólo conozco un medio, uno solo, de comprender bien, de situar adecuadamente la gran historia, y es la de poseer a fondo, en todo su desarrollo, la historia de una región, de una provincia..." Años después don Alfonso Reyes dijo: "Es tiempo de volver los ojos hacia nuestros cronistas e historiadores locales... En los historiadores locales están las aguas vivas, los gérmenes palpitantes. Muchos casos nacionales se entenderían mejor procediendo a la síntesis de los conflictos y sucesos registrados en cada región." "La economía regional —escribe Leuilliot— necesita mucho de la historia local que le procura materiales y métodos de aproximación." Y no sólo entre los colegas de otras ramas del conocimiento, tam-

bién en el círculo popular se perciben signos de acercamiento. Todo hace esperar un próximo auge de la minihistoria. Sin embargo, es creíble que sin el concurso de una política, ese auge se malogrará.

LA POLÍTICA a seguir para lograr el advenimiento de la "nueva historia local" requiere de la colaboración de todos y cada uno de los historiadores localistas. Quizá ofrezcan alguna utilidad para la hechura de un plan de operaciones en pro de la microhistoria las propuestas presentadas en orden disperso por don Wigberto Jiménez Moreno y por mí a la Tercera Reunión de Historiadores de México y los Estados Unidos reunida en Oaxtepec en noviembre de 1969. Allí el profesor Jiménez Moreno propuso los puntos numerados del 10 al 16, citados a continuación de los perpetrados por mí para no apartarme del orden en que se leyeron en Oaxtepec. No son una política bien planeada, pero sí semillas para un plan político. Allí se pidió, pero sin hacerlo llegar a los destinatarios, lo siguiente:

- 1) Que la Secretaría de Educación Pública y las direcciones de educación de los Estados hagan sitio a la historia local en los niveles de enseñanza primaria y secundaria.
- 2) Que nuestras universidades y centros de alta cultura abran seminarios y cátedras donde se enseñen y apliquen los principios y métodos de la historia local.
- 3) Conseguir para los pasantes de historia proclives a la microhistoria que se les conceda beca por un año para investigación y organización de archivos provinciales, y el informe sobre su búsqueda se les acepte como tesis para optar a los grados de licenciatura y maestría.
- 4) Reanudar los congresos nacionales de historia que desde 1933 ayudaron a establecer el contacto entre historiadores de la capital y la provincia y a promover las investigaciones de historia regional y parroquial.
- 5) Formar desde luego una asociación de historiadores localistas cuya sede podría estar en la capital de la República o en una de las capitales de los Estados.

6) Que el mecenazgo del gobierno y las fundaciones se extienda a la historiografía de tema local en forma de becas, o sinecuras burocráticas, o premios a la labor hecha, o mediante la edición y distribución de las obras de nuestros cronistas locales.

7) Difundir, por medio de una revista creada *ad hoc*, las nuevas orientaciones de la microhistoria en otros países y los trabajos microhistóricos hechos en México.

8) Promover la traducción de obras de historia local que se distinguan por su carácter innovador o su perfección técnica.

9) Fundar una universidad de verano, cuya sede podría ser El Colegio de México, donde por un par de meses cada año se impartieran conferencias y cursillos sobre principios y métodos de historia local.

10) Procurar en cada capital de Estado y en otras poblaciones de importancia, la organización de juntas de geografía e historia locales, integradas por personas idóneas, conocedoras del ambiente geográfico en que viven y de los antecedentes históricos del lugar.

11) "Que se procure la instalación adecuada de ciertos archivos locales importantes, y la catalogación de sus fondos documentales, mediante la colaboración de los gobiernos de los Estados o de las autoridades municipales con el Instituto Nacional de Antropología e Historia."

12) "Que se introduzcan libros de lectura especiales para cada Estado, en que los temas sean, con preferencia, la geografía, la flora, la fauna, el folklore, la arqueología, la etnografía y la historia de la región, lo mismo que datos de carácter lingüístico, y juicios sobre el valor de los productos artísticos regionales, revinculando por estos y otros medios a los habitantes con la región."

13) "Que se promueva la creación de un Instituto de Geografía e Historia Regionales, preferentemente dentro de la UNAM, con el apoyo de las universidades estatales y en colaboración con ellas. Tal instituto contaría con mapoteca, biblioteca, hemeroteca y archivo documental de microfílica."

14) “Que se pida a El Colegio de México auspicie la elaboración de una historia de la historiografía mexicana y dentro de ella se consagre atención a la historiografía regional y local.”

15) “Que se solicite a El Colegio de México encargue a persona o personas idóneas la elaboración de una bibliografía de la historia regional y local de México.”

16) Y último, “que se recomiende a los gobiernos y universidades de los Estados patrocinen la publicación de bibliotecas de autores regionales, consistentes en series en las que se den a conocer o se reimpriman, obras importantes de historiografía regional”.

En suma, como dijo el ilustre mexicano Alfonso Reyes, conviene “abrir el fuego en toda la línea”.